

Al abrir la puerta de entrada de mi casa, me encontré con dos hombres jóvenes de pantalones negros, camisas blancas de manga larga, corbatas con colores conservadores, que llevaban insignias rectangulares de plástico con el nombre "Hermano" y luego el nombre de ellos. Ellos eran misioneros de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, comúnmente conocidos como mormones. Estaban recorriendo el vecindario en busca de potenciales personas para convertirlos. Ellos viajan en parejas, pero inicialmente no se conocían entre sí hasta que fueron unidos en parejas en un programa de capacitación afiliado a la iglesia, y fueron enviados a esta misión por dos años en Ames, Iowa. Muchos de nosotros hemos encontrado a estos misioneros en nuestras puertas. Si estoy vestido con mi ropa de sacerdote negra, es obvio para mis interlocutores que ya soy un miembro "comprometido" de una iglesia. Si no, cortésmente les informo de mi vocación y ocupación. En todos los casos, dedico unos minutos visitando con ellos acerca de sus hogares de origen, su misión, y los despido orando con una bendición de Dios sobre ellos y su trabajo.

La escena en el Evangelio de hoy con Jesús enviando a los doce discípulos en una misión está cerca del punto medio en el Evangelio de San Marcos. Hasta ahora, los discípulos han sido "instruidos" por Jesús y su mensaje y obras de la destrucción del Reino de Dios en el mundo. Hoy Jesús los envía en Su Nombre y autoridad y les encarga de ir y hacer en las ciudades de la zona lo que ellos le han escuchado decir, y lo que ellos le han visto hacer. Con la epístola de San Pablo a los Efesios, acompañado por las lecturas del libro del profeta Amós, y la experiencia de los misioneros mormones, la historia del Evangelio de hoy nos plantea a nosotros puntos de reflexión.

San Pablo nos hace recordar que Dios nos ha elegido específicamente para recibir el don de la fe, la vida eterna en Jesús y la adopción como hijos suyos a través de nuestro bautismo y confirmación sin ningún mérito o trabajo propio de nosotros. ¡Esto es la gracia de Dios! El Evangelio nos enseña que esta elección, aunque única y personal para cada uno de nosotros no se nos ha dado con el propósito de una santidad o salvación privada. El llamado de Dios, aunque personal, nos llega a través de una comunidad de hermanos creyentes, la Iglesia. Nosotros hemos sido hechos parte de una comunidad, y tal como es esta comunidad seremos enviados juntos para dar testimonio de Jesús en el mundo, incluso si, a veces en esta comunidad hay solo un compañero creyente. Como Jesús mismo nos dice; *"Pues donde están dos o tres reunidos en mi Nombre, allí estoy yo, en medio de ellos."* (Mt 18:20).

El Evangelio, se nos ha dado a nosotros para ser compartido. Somos un pueblo misionero por naturaleza. Como dije hace varias semanas atrás, las palabras más importantes de la Misa son: "Podéis ir en paz". "La Misa ha terminado." Eso es lo que nuestro bautismo, confirmación y la asamblea para la Eucaristía hace para nosotros, nos equipa y fortalece. No debemos ocultar nuestra luz debajo de una cesta llena de grano, sino permitir que brille para que todos la vean. (Mt. 5:15 ss)

Los misioneros mormones, como algunas otras tradiciones de fe, interpretan el mandato de Jesús literalmente. Si bien como católicos, la Iglesia no exige tal requisito para ser miembro, nuestra historia contiene el testimonio de muchos hombres y mujeres quienes de hecho, han llevado a cabo las palabras de Jesús literalmente como misioneros en este país y en el extranjero. Pero esto no nos libera al resto de nosotros. ¿Cómo cada uno de nosotros, o puede cada uno de nosotros vivir nuestro mandato misionero?

Las muchas oportunidades que nuestra parroquia ofrece a través de nuestro Comité de Justicia Social y que son una invitación a invertir nuestro tiempo, talento y tesoro en una variedad de obras misionales. Eche un vistazo a los nuevos panfletos desplegados en el vestíbulo, y que ofrecen información sobre las muchas oportunidades disponibles para nosotros a través de nuestro Comité de Justicia Social. O considere ofrecerse a sí mismo como un ministro de la Sagrada Comunión para los incapacitados que no pueden venir a misa, ser un catequista en uno de nuestros programas de Formación de Fe. El de ser misionero no necesariamente significa citar versículos de la Biblia a alguien. Se dice que San Francisco de Asís declaró: "Predica el Evangelio donde sea que vayas. Si es necesario, usa palabras." Ofrecer a alguien una palabra o un gesto de bienvenida, un oído atento, puede ser una unción con el aceite de la alegría, el bálsamo de la curación y el perdón. El elegir de responder con bondad y convicción a un punto de la enseñanza del Evangelio o de la Iglesia en una acalorada discusión política en vez de arrojar una bomba verbal y que puede hacernos ganar el desprecio como lo demuestra Amós, pero una semilla evangélica que ha sido sembrada bien puede producir una cosecha futura.

¿Cómo responderá cada uno de nosotros a la otra persona que golpea la puerta de nuestro corazón o en cuya puerta golpeamos? Y como otra de las palabras rituales de despedida al final de la misa, decimos: "Ve y anuncia el Evangelio".

Padre Jim Secora